

SUJETOS MARGINALES EN LA NARRATIVA DE MANUEL ROJAS:  
DE DISCIPLINAMIENTOS A FOCOS DE TENSIÓN CON EL PROCESO  
MODERNIZADOR

*Lorena Ubilla Espinoza*  
Universidad Diego Portales  
lorenifli@yahoo.es

El presente artículo intenta dar luces respecto al modo en que el proceso modernizador iniciado en Chile en la segunda mitad del siglo XIX, incidió en las experiencias vivenciadas por los sujetos marginales que se fueron instalando en el espacio urbano. Estas experiencias, cargadas de sueños, anhelos y frustraciones, serán analizadas a la luz de la obra literaria de Manuel Rojas, específicamente de aquellos cuentos que nos remiten al mundo del bandidaje, la delincuencia y el vagabundaje, en el entendido de que, a través de un análisis histórico de estos personajes marginales, será posible comprender, en buena medida, las tensiones, contradicciones y frustraciones surgidas a partir del disciplinamiento de sus espacios, conductas y pautas de comportamiento. Consideraremos entonces, particularmente, “Bandidos en los caminos”, “El Bonete Maulino”, “El Delincuente”, “Canto y Baile”, “Poco sueldo” y “El Mendigo”, y su novela *Hijo de Ladrón*<sup>1</sup>.

Partiendo de la premisa de que en esta narrativa los sujetos marginales son visibilizados e integrados al imaginario cultural de la época, planteamos que en el contexto del proceso modernizador, sus experiencias se encuentran directamente vinculadas a la posición que éstos asumieron, por un lado, frente a las prácticas laborales impuestas en Chile desde la segunda mitad del siglo XIX, y por otro, al discurso disciplinatorio, normativo y moralizador que la élite construyó de sus espacios, prácticas sociales y formas de “ser” y “estar” cotidianas.

Para la comprensión de este proceso, instalamos primeramente la noción de “focos de tensión”, mediante la cual se pretende dar cuenta de la existencia de un conflicto de interpretaciones, entre los códigos culturales establecidos por la élite y los códigos culturales significativos en el mundo popular. Desde esta perspectiva buscamos establecer un marco más amplio de comprensión que nos permita estudiar el bandidaje, la delincuencia, el vagabundaje o la mendicidad, no simplemente como prácticas antisistémicas o de resistencia al modelo modernizador, sino más bien, como verdaderas estrategias, técnicas o prácticas sociales desplegadas por estos sujetos –algunas veces de manera espontánea y otras conscientemente- que buscan, en definitiva, otorgar sentido a los nuevos referentes instalados a partir de la implantación del proceso modernizador.

Al mismo tiempo, planteamos que estos sujetos marginales pueden ser analizados como “sujetos fronterizos”, es decir, como individuos que, por su condición, pueden

---

<sup>1</sup> Considerando que Manuel Rojas revisó sus escritos para la publicación de sus (incompletas) *Obras Completas* de 1961, las cuales han reaparecido posteriormente en varias ediciones con el título de *Obras escogidas*, en este análisis me atengo a la reimpresión de la editorial ZIG-ZAG del año 1974.

transitar entre diversos órdenes, mundos y prácticas (pensemos, por ejemplo, en los tenues límites existentes entre legalidad/ilegalidad, honradez/perversión, casa/calle, familia/abandono) lo cual los hace ver desde la élite y desde el mundo popular obrero como ambiguos, peligrosos y sospechosos<sup>2</sup>. Desde este punto de vista, veremos algunas de las dicotomías a las que se enfrentan los personajes de Rojas, en el entendido de que su narrativa despliega una cotidianeidad multifacética respecto al ideal de ordenamiento social (el “deber ser”) que instala la élite.

Desarrollaremos este estudio según tres ejes temáticos: el primero de ellos, está orientado a la identificación y caracterización de los sujetos marginales (bandidos, delincuentes y vagabundos), de sus alternativas de subsistencia y de sus comportamientos sociales; en segundo lugar, nos referiremos brevemente al proceso modernizador, en función del estudio de los dispositivos de disciplinamiento y los discursos generados desde la élite para normar las prácticas cotidianas desplegadas por estos sujetos; finalmente nos centraremos en la importancia que adquiere la “experiencia letrada” como un factor esencial de emancipación personal y social de los sujetos marginales. En este sentido, nos parece que esta experiencia forma parte esencial en la construcción de espacios liberadores, en los que es posible tensionar los dispositivos de disciplinamiento, al permitir el despliegue del potencial crítico y emancipador presente en cada individuo.

## **I. Sujetos marginales. La experiencia del desarraigo en la narrativa de Manuel Rojas**

Previo a su caracterización, nos parece fundamental comenzar ocupándonos de la historicidad de los sujetos marginales. No hay duda de que el sujeto social se constituye en el plano de las situaciones reales tanto como en el plano de las situaciones culturales; sin embargo, en los estudios clásicos se ha privilegiado el campo de las materialidades, dejando en una nebulosa la comprensión de las dimensiones simbólicas. De ahí que sea fundamental avanzar en una comprensión que ponga énfasis en el hecho de que los sujetos están inscritos en el seno de dependencias recíprocas (más que en binarismos del estilo dominador/dominado) que constituyen y son constitutivas de las configuraciones a las cuales ellos pertenecen. Podremos comprender así cómo estos sujetos, atravesados por los discursos que se generan por y desde el poder, van construyendo subjetividades en procesos de negociación permanente con éste, posicionándose frente a los discursos emanados desde la élite y reelaborando, de esta manera, los términos de la dominación que sobre ellos se ejerce. Asimismo, es fundamental poner de relieve la importancia que adquieren las prácticas sociales, en la medida en que nos permiten visualizar un conjunto amplio de representaciones simbólicas, de valores, actitudes y pautas de comportamiento -a menudo fragmentarias, escurridizas o contradictorias- que nos hablan precisamente de cómo estos

---

<sup>2</sup> Esta idea nos parece significativa para la comprensión de los sujetos marginales en contraposición con el mundo popular obrero. Efectivamente, el obrero es visto desde la élite como un sujeto peligroso en la medida en que exhibe las falencias que el proceso modernizador no ha logrado superar (fundamentalmente una mayor igualdad y democracia política y social), pero asimismo, es un sujeto controlable en cuanto pertenece a un mundo cuyas pautas de comportamiento son conocidas. Los sujetos marginales, en cambio, resultan ambiguos y peligrosos (tanto para la élite como para los propios obreros) precisamente porque atraviesan permanentemente las fronteras entre unas prácticas y otras.

sujetos van conformando sus subjetividades en los usos y quehaceres cotidianos de su existencia<sup>3</sup>.

Ahora bien y volviendo a lo que nos convoca: ¿por qué estos sujetos se nos presentan como marginales? La respuesta a esta pregunta nos permite plantear cómo ellos (conscientemente o no) del proceso de modernización, comienzan a ser vistos y objetivados –desde la élite– como peligrosos para la instalación de una nueva sociedad ilustrada, racional y de orden. De esta forma, el proceso de transición al capitalismo puede rastrearse por medio de estas “limpiezas sociales” ordenadoras, las que implican nuevas lógicas de comprensión de los fenómenos sociales (la clásica pugna entre civilización y barbarie, ciudad ilustrada y ciudad bárbara, que tiene como su máximo exponente en esta época a Vicuña Mackenna)<sup>4</sup>. El vagabundo, por ejemplo, se nos presenta como un personaje que no se ajusta a la forma de organización económica que se comienza a implantar ni a la estructura dominante que se identifica con el arraigo y la estacionalidad. Así, comienza a ser visto como un ser peligroso, pues se asocia a la movilidad y la improductividad en un mundo en el que estas características empiezan a ser sentidas como generadoras de todo tipo de desorden. Además se le asigna al vagabundo la carga de deshonestidad de quien no está ejerciendo ocupaciones lícitas, sino que está usufructuando del trabajo de otros<sup>5</sup>.

Del mismo modo, delincuentes y bandidos se nos presentan como sujetos cuyas conductas signadas como delictuales se oponen al sistema de pautas formales y explícitas por las cuales se rige esta sociedad. Junto a este primer criterio, que los mantiene en la marginalidad, hay que agregar, al igual que en el caso de los vagabundos, el hecho de que estas actividades se encuentran ligadas a personas que provienen, preferentemente, de grupos humanos marginados de los mecanismos de integración al sistema económico y a la estructura social, y que además recrean una subjetividad de valores y pautas de comportamiento diferentes a las de los grupos integrados. Por ello no sólo rompen con las normas sociales explícitas, sino que además contrarían aquellas que los grupos dominantes consideran como lo normal, correcto y adecuado.

En el caso específico de los bandidos, el estudio de Jaime Valenzuela, *Bandidaje rural en Chile Central. Curicó, 1850-1900*, nos demuestra que en los delitos de asalto predominaban los bandidos provenientes del estrato de los “gañanes”, es decir, individuos que no tenían propiedad, tierras ni posibilidad de acceso a ellas y que se encuentran carentes de un trabajo permanente y calificado: “Su actuación no se limitaba a los delitos de salteo, sino que abarcaba el conjunto de conductas penadas por la normativa legal; en su mayoría eran solteros, sin ligazones familiares, sin hijos o sin esposa, y que por lo mismo, no poseían la presión sedentarizadora que implica alimentar un hogar” (30).

---

<sup>3</sup> Para un análisis del estudio teórico y metodológico de los sujetos populares, ver: Luis Alberto Romero, 1990 y 2007.

<sup>4</sup> Para efectos de este estudio, haremos una diferenciación entre sujetos marginados y sujetos marginales. Los primeros ponen de relieve una situación estructural de bajos ingresos debido a empleos ocasionales o subempleos y una escasa o nula especialización laboral, sumado a bajos niveles de participación política. Por su parte, los sujetos marginales se encuentran completamente al margen de los procesos económicos y políticos oficiales, ya sea por iniciativa propia o porque no han sido capaces de integrarse funcionalmente al esquema de producción moderno. Para un análisis de esta problemática desde una perspectiva sociológica, ver el estudio de Larissa Adler de Lomnitz, 1998.

<sup>5</sup> Para un análisis del vagabundaje en la sociedad colonial, ver: Alejandra Araya, 1999a.

En la narrativa de Manuel Rojas esta carencia de familia se presenta como un elemento más de la experiencia de desarraigo y la falta de estabilidad y de estacionalidad. Pancho el Largo y el huaso Blanco Encalada –personajes centrales del cuento “Bandidos en los caminos”- son sujetos que han caído derechamente en la ilegalidad: “Separados, por azares del oficio, durante varios años, habíanse reunido en Santiago poco tiempo antes. Volvía del Norte el huaso, después de una accidentada campaña en las regiones mineras. Pancho el Largo, librado milagrosamente de una condena a muerte, había vivido del juego en los últimos tiempos” (66).

La inestabilidad permanente de estas personas, que durante buena parte del año vivían junto a las chinganas, a los burdeles o a las casas de entretención, muchas veces mendigando o robando, marca una mentalidad y valores propios que se encuentran atravesados por la experiencia de desarraigo espacial, laboral y familiar. De esta forma, el vagabundaje, el bandidaje o la delincuencia pasan a ser elementos constitutivos de su vida cuya pauta marca todo el abanico de sus prácticas cotidianas. En este sentido, nos parece que estas prácticas cotidianas nos remiten a una forma distinta de ser y estar en el mundo, que no se ajusta al constructo discursivo creado por la élite, pero que, sin embargo, son compartidas y validadas por las comunidades en las que estos sujetos se desenvuelven. En este sentido, también en “Bandidos en los caminos”, se nos presenta el personaje de David Carmona, quien era considerado por sus pares como:

“...un real mozo (...) amaba la soledad de las montañas. Hizo a los diez su primer viaje, como marucho de la cuadrilla de arrieros de su padrino Aniceto y desde esa edad se echó a andar por el vasto mundo cordillerano (...) Lentamente se alejó del rancho y de sus relaciones familiares; lo buscaban como baqueano los cazadores de guanacos, los ganaderos contrabandistas y los viajeros, y él no se negaba nunca y a veces viajaba solo, por el placer de viajar, formándose así, poco a poco un mundo aparte del de su hogar, con gran pena de los viejos que, sin embargo, lo amaban por eso y porque les costó poco y prosperó por su iniciativa, por sus puños. Era para ellos un hombre, un verdadero hombre, casto y sobrio como animal de soledad” (123).

Estos sujetos que bordean la ilegalidad o que, francamente, se encuentran al margen de la sociedad o la ley, hacen suyos comportamientos solidarios y de compañerismo que se alzan frente a los abusos de la autoridad. Desde esta clave podemos considerar aquellas pequeñas comunidades que forman los distintos personajes de la narrativa de Rojas –entre las que destaca, sin duda, la de Cristián, El Filósofo y Aniceto, en *Hijo de ladrón*- en las que, a partir de la amistad como una forma de arraigo, se nos presenta la existencia de modos alternativos de vivir en sociedad, que no se corresponden con los modelos que discursivamente se pregonan desde el poder. De ahí entonces que, a diferencia del liberalismo, que considera que el hombre puede conseguirlo todo de forma individual, se otorgue aquí centralidad a la solidaridad entre pares y no a la figura del hombre aislado. Desde esta óptica podríamos interpretar estas pequeñas comunidades como “focos de tensión” con respecto a lo hegemónico, al modelo que se impone desde la élite y el discurso moralizador bajo el cual se intenta disciplinar a estos sujetos.

Resulta evidente que en la práctica estas actividades se presentan como alternativas de subsistencia para estos sujetos, pues finalmente si el salario de los trabajadores resulta escaso para cubrir incluso las necesidades básicas, la pregunta que surge es simplemente ¿para qué trabajar? Además, no cabe duda de que el ideal de ahorro y progreso económico proviene desde un discurso construido por la élite y que no hace otra cosa que poner en evidencia la gran distancia que lo separa de las prácticas laborales asalariadas. En este sentido, la mendicidad también aparece como una forma de subsistir sin incorporarse a los trabajos surgidos desde el proceso modernizador. De ahí que, por ejemplo, Lucas Ramírez – en “El Mendigo”- presintiera que “(...) su vida, al abandonar el hospital, estaría amarrada a dos hilos: la punta de uno de ellos remataba en el hospicio; la del otro en esa gran institución ambulante y pública que se llama mendicidad” (Rojas, *El delincuente...* 49).

El espacio preferente en el que encontramos desplegados a estos sujetos es fundamentalmente un espacio exterior: por un lado, está la calle, en el caso de vagabundos y delincuentes que deambulan en la ciudad; por el otro, los cerros, la cordillera o los campos, en el caso de los bandidos. En el ámbito urbano, la calle se nos presenta como un lugar de trabajo o simplemente un lugar para esperar que éste aparezca: encontramos en ella a los peones contratados por el día para los trabajos de la construcción, a quienes ocupan sus veredas para mendigar, a comerciantes, a pintores y zapateros. Pero también encontramos en ella a los vagos permanentes, a las prostitutas, a los pequeños rateros, que se prolongan muchas veces desde el mundo de los trabajadores no calificados, y en general a sujetos en quienes podemos advertir pautas similares de movilidad y desarraigo. En este sentido, es interesante destacar la permeabilidad de la frontera que existe entre un trabajador asalariado y una persona que establece sus alternativas de subsistencia al margen de la ley, frontera que sin duda puede ser fácilmente atravesada en este contexto permanente de precariedad económica. En la narrativa de Rojas los personajes que terminan cruzando fronteras, generalmente son sujetos movidos por el hambre, de ahí la cercanía y comprensión que provocan en el lector. El caso de Don Leiva que encontramos en el cuento “El Bonete Maulino”, es paradigmático al respecto. Zapatero y bordeando los cuarenta años: “(...) revisaba su pasado y procuraba adivinar su porvenir, presintiendo que su vida terminaría tal como se deslizaba en el presente: trabajando sin descanso y siempre pobre, viendo crecer sus hijos en medio de la pobreza de su hogar, envejeciendo él junto a su compañera, sin ninguna perspectiva de prosperidad y bienestar” (236). Movidito por la desesperación que le produce la enfermedad de su hijo:

“Expuso a los Segovia sus angustias de hombre pobre, su miseria constante a pesar de su trabajo continuo, toda la tragedia íntima de su vida de hombre cercano a la vejez, concluyendo por pedirles que lo ayudaran, no con dinero, sino que por medio de consejos, indicándole un derrotero, un desecho, un camino más corto para conseguir un poco de bienestar económico (...) Mire Don Leiva, usted cree que nosotros somos mineros o contrabandistas, y está equivocado. No se asuste si le digo que somos ladrones y nada más; unas veces cuatreamos y otras salteamos” (238).

Como vemos, Don Leiva es uno de estos sujetos fronterizos que, agobiado por sus precariedades laborales, termina por atravesar esa tenue frontera que separa la legalidad de

la ilegalidad. Junto a él, los otros personajes retratados por Rojas, son sujetos cuya conducta se ve condicionada por el hambre, lo que los dota de una especial empatía, en la medida en que en ellos está a la vista el ser humano que existe detrás de cada individuo, más allá de la actividad que desempeñe. En este sentido, el cuento “El Delincuente” pone el acento en la humanidad de estos sujetos que se encuentran fuera de la ley: “El ladrón se puso a reír a gritos. Reía con una risa asnal, estruendosa. Me contagié esa risa y de repente nos encontramos riendo los tres a grandes carcajadas y dándonos, unos a otros, golpecitos en la barriga y en los hombros (...) Nadie se acordaba de lo sucedido en el conventillo. Allí no había ni ladrones ni hombres honrados” (74).

Podemos apreciar que el eje está puesto en la dignidad de unos sujetos quienes, constantemente despojados de ella por su condición de marginales, preservan no obstante un sustrato de humanidad de manera inequívoca. Por ello es que detrás del delincuente, del bandido o del mendigo, de “quienquiera que sea, hay alguien que merece nuestro respeto y un básico reconocimiento de su dignidad. La reciprocidad del vínculo no se quebranta porque uno de los miembros está fuera de la ley. Antes que la ley y sus prescripciones, está el orden fundamental e irrevocable de lo humano”. (Concha 91-92)

Sin embargo, esta experiencia vivencial al margen de la ley no está exenta de imperativos éticos implícitos, los que son codificados como significativos en las prácticas cotidianas de estos mismos sujetos. Resulta interesante, por ejemplo, prestar atención a la diferencia que establece Rojas entre tipos de delincuentes -unos respetuosos de estos códigos, los otros indiferentes a ellos- evidenciándose que es precisamente en el respeto a las normas implícitas donde encontramos el sustrato de dignidad y humanidad al que aludíamos más arriba. En el cuento “Canto y Baile” nos encontramos con que los primeros son nombrados como ladrones, mientras que los segundos son denominados como “palomilla”:

“(…) la temible y peligrosa palomilla; pero no la formada por chiquillos vendedores de diarios, lustrabotas o raterillos, sino otra muy distinta: la palomilla cuchillera, la fina palomilla nocturna, que mariposea en la noche bajo la luz de los faroles suburbanos y desaparece al amanecer en los zaguanes de los conventillos, la palomilla que roba cuando tiene ocasión de hacerlo y hiere y mata cuando la dejan y cuando nadie la ve, y que, sin embargo, no es ladrona ni asesina de profesión, faltándole audacia para lo primero y valor para lo segundo, pues no es ni valiente ni audaz sino en la oscuridad y en la soledad de las callejuelas apartadas (...) La palomilla no es generosa, puesto que es pobre de condición y miserable de espíritu; no es amable, puesto que es brutal; no es tranquila, puesto que es maleante. Gastaban poco y se divertían mucho, pero su diversión era fría como una daga y triste como una máscara” (210-211).

La presencia de gestualidades, vestimentas o marcas y cicatrices provocadas por el abandono, la miseria, la soledad o el hambre, son rasgos que caracterizan a estos sujetos marginales, de ahí que sus retratos físicos se nos presentan marcados por las huellas del desarraigo espacial y familiar. Este es, por ejemplo, el retrato de la mujer de Laureano González que encontramos en “Poco sueldo”:



“(…) tenía una edad indefinible, la edad indefinible de la mugre, que envejece y apaga a las personas; pero parecía más bien vieja que joven. Era delgada y alta, morena la piel, huesudo el rostro y demacrado, los ojos grandes y negros, pero sin brillo, con la esclerótica amarillenta; los labios gruesos y oscuros; la frente alta, prominente, el opaco cabello le caía en largos mechones por detrás de las orejas; el cuello flaco, con los tendones desgrasados, en relieve bajo la piel (...) Su aspecto era el de una esclava miserable. Su ropa era pobre y rota, de color café, bajo ella se delineaba un cuerpo mal alimentado, vacilante, casi asexual” (157).

Finalizando este apartado, nos parece que la perspectiva de James Scott (2000) referente a la resistencia de los grupos dominados, puede contribuir a integrar la historicidad de los sujetos marginales, presentada más arriba, con la perspectiva analítica de los focos de tensión que presentaremos a continuación. Para el autor esta noción permite evidenciar las formas que adoptan los conflictos entre las clases, etnias, castas o género y las demás partes del tejido social, enfatizando que el grueso de los subordinados rara vez se enfrenta directamente con el poder mediante una organización política abierta. Por ello, lejos del enfoque centrado sólo en los momentos extraordinarios en que se teje una rebelión, para Scott quienes se ubican al final de la escala social buscan las formas para convenir, negociar, paliar, pero también para retar, repeler y resistir, la explotación que viven durante aquellos largos períodos de paz cotidiana. En este sentido, y como hemos venido planteando, podremos apreciar en las diversas prácticas cotidianas presentadas, la construcción de un sentido comunitario que da cuenta de esa contrahegemonía ‘silenciosa’ que hace frente al sistema de dominación fuertemente restrictivo y disciplinatorio.

## **II. De disciplinamientos a focos de tensión con el proceso de modernización y proletarianización.**

El proceso modernizador que se inició en la segunda mitad del siglo XIX en América Latina, se caracterizó por las grandes transformaciones que produjo en todos los ámbitos de la sociedad. En el plano económico, estas transformaciones se evidencian en el modo de producción y circulación capitalista en el cual el continente se inserta como productor de materias primas y alimentos; en el ámbito político, asistimos a la consolidación de los Estados liberales; y en el plano social, nos encontramos con una incipiente burguesía (asociada a los “enclaves” económicos modernos) y la progresiva conformación del proletariado y las clases medias.

Este proyecto modernizador, desarrollado por la élite latinoamericana, encaja perfectamente con el carácter excluyente que habían adoptado las repúblicas desde sus orígenes. En este marco, los excluidos, los no ilustrados, es decir, la “barbarie”, serían incorporados sólo en la medida en que se ‘civilizaran’. El establecimiento de estas fronteras evidencia la adopción por parte de la élite del discurso moderno, según el cual “el otro” era aquel ser primitivo e incontrolable cuyos modos de vida debían ser objeto de un

disciplinamiento sistemático<sup>6</sup>: la construcción de cárceles, de hospitales y la puesta en marcha del sistema educativo en las principales ciudades latinoamericanas fueron la evidencia palpable de los dispositivos impuestos para la regulación de los espacios cotidianos.

De esta forma, asistimos a la construcción de un discurso centrado en la utilidad del tiempo y del trabajo –el proceso modernizador asociado a la proletarización- que se dirigió principalmente hacia los vagabundos –quienes se habían distinguido por su movilidad-. Sin duda, ello formaba parte de la política de disciplinamiento social que emprendieron los sectores dominantes para afianzar y mantener el control sobre la población, empresa para la cual, como ya hemos señalado, se valieron de las ideas de civilización, orden y razón. Así, desde mediados del siglo XIX nos encontramos con edictos y ordenanzas que confluyen en el disciplinamiento de los distintos ámbitos en los cuales se desenvuelven los sujetos marginales: el disciplinamiento laboral masculino, el de las entretenciones asociados a ellos y aquel centrado en la regularización de las uniones amorosas, todo lo cual apuntaba a un mayor y efectivo control sobre esta población marcada por la movilidad y el desarraigo.

Esta situación es descrita notablemente por el Intendente Benjamín Vicuña Mackenna, quien en su discurso de instalación leído en la Municipalidad de Santiago en 1873, planteó una serie de medidas destinadas a la “moralización” del bajo pueblo. Entre ellas encontramos el cierre de las chinganas, que no son:

“(…) sino la fermentación, inmundada también, de estos mismos crímenes i degradaciones”; el combate y reglamentación de “las prodigalidades temerarias i la previsión sin límites del jefe de familia proletaria, siempre dispuesto a vender el pañal de sus hijos por un vaso de aguardiente”; la necesidad de “ennoblecere el trabajo, darle alas y vuelo suprimiendo en lo posible la vagancia con todos sus disfraces i por esto se ha abolido la mendicidad” (70).

Como podemos apreciar, las razones esgrimidas por el Intendente para la ejecución de las “medidas de moralización” son, por una parte, la asociación de la mendicidad con el ocio y la delincuencia, y por otra, la necesaria transformación de estos individuos en la mano de obra disciplinada que se requería para llevar adelante el proceso de modernización-proletarización. En definitiva, este discurso no hace más que dejar en evidencia la necesidad del establecimiento de una lógica de control que debía adecuarse a los nuevos tiempos modernos y que requería de la racionalización mediante la burocracia y los agentes del poder judicial y policial, encargados efectivamente de “vigilar y castigar”.

En *Hijo de Ladrón* podemos evidenciar, precisamente, esta experiencia del disciplinamiento de los espacios, a partir de las agudas reflexiones que nos plantea Aniceto Hevia: los dispositivos normativos (ejemplificados en la cárcel y en la obligatoriedad de los certificados) - y frente a los cuales las estrategias de resistencia son escasas, pero posibles- se experimentan, de manera inequívoca, como un disciplinamiento destinado más que al control de los espacios urbanos, al control efectivo de las personas:

---

<sup>6</sup> Jorge Larraín plantea que la construcción del “otro” opera en tres dimensiones: una temporal, que permite que la instalación de un nuevo proyecto arrase con el pasado; una dimensión centrada en “el otro” como aquel que no cumple con una característica esencial compartida por el grupo (como el caso de las mujeres o los locos, asociados a la falta de razón); y, finalmente, una dimensión espacial mediante la cual se aísla la “barbarie” (Larraín, 2001).



“(…) el hombre parece no tener carácter humano; es un ente que posee o no un certificado y eso porque algunos individuos, aprovechando la bondad o la indiferencia de la mayoría, se han apoderado de la tierra, del mar, del cielo, de los caminos, del viento y de las aguas y exigen un certificado para usar de todo aquello (...) ¿tiene usted un certificado para respirar, uno para caminar, uno para procrear, uno para comer, uno para mirar?”(456).

Para que estos dispositivos pudieran operar efectivamente en las prácticas sociales, resultaba esencial la concretización de ellos en una figura disciplinadora: el policía es percibido, entonces, como ese individuo quien, ya deshumanizado, actúa en forma mecánica. Por último, una vez que este ‘orden’ ha sido internalizado y aceptado sin cuestionamientos, produce convencimiento y adaptación; esta adaptación, que tiene como objeto la “domesticación de los cuerpos” que se encuentran ‘sujetos’ a prácticas que terminan por delimitar su accionar (los llamados “cuerpos dóciles”), conduce finalmente a un dispositivo de dominación que opera desde la misma concepción del poder hecho forma en nuestro accionar cotidiano (Foucault, 1979). Esto último lo apreciamos cuando Aniceto detalla la disciplina carcelaria: “(...) allí se almuerza temprano; es necesario ser ordenado, un preso ordenado; orden y libertad, orden y progreso, disciplina y trabajo; acuéstese temprano, levántese temprano; ocho horas de trabajo; ocho horas de entretenimiento; ocho horas de descanso y nada más; no hay más horas por suerte” (546).

Considerar el vagabundaje y la mendicidad como una “opción” en ningún caso es antojadizo, pues una de las causas principales de los edictos y normativas destinadas a erradicar estas prácticas hace referencia a que los vagos y mendigos se encuentran capacitados para trabajar. En la narrativa de Rojas podemos apreciar que esta opción se nos presenta en la práctica cotidiana como un conjunto de actos que, siendo conscientes o no, nos hablan de formas distintas de “ser y estar” en el mundo que no se corresponden con el proyecto económico moderno de proletarización, al ser percibido éste como una pérdida de los espacios de libertad por los cuales se moviliza y despliega el sujeto marginal. Esto se manifiesta, por ejemplo, en un pasaje en el que Aniceto reflexiona sobre los “nómades urbanos”, seres que como él deambulan “de ciudad en ciudad y de república en república”. Estos individuos:

“(…) se resisten aún, con variada fortuna a la jornada de ocho horas, a la racionalización del trabajo y a los reglamentos de tránsito internacional, escogiendo oficios -sencillos unos, complicados o peligrosos otros- que les permiten conservar su costumbre de vagar... seres generalmente despreciados y no pocas veces maldecidos, a quienes el mundo, envidioso de su libertad, va cerrando poco a poco los caminos” (384).

Frente a esta pérdida progresiva de los espacios de libertad, que están siendo disciplinados y normativizados mediante prácticas legales que condicionan el transitar y deambular al uso, por ejemplo, de los certificados, Aniceto piensa en actos cotidianos menores y simples, pero que ponen en tensión un modelo erigido por y desde el poder que se asienta en la condena moral de todas aquellas formas distintas de significar el mundo que rodea al sujeto marginal. En este sentido pueden leerse las recomendaciones de continuar viviendo bajo el

ritmo que marca el tiempo de la vida, un tiempo que está marcado por las apreciaciones que el sujeto considera como significativas y que se erige en contraposición al tiempo controlado y alienante que se establece como la forma de vida que domina en la modernidad. Ante ello Aniceto recomienda una simple resistencia al modelo:

“No te apures, hombre, camina despacio y siente, y si no quieres caminar, tiéndete en el suelo y siéntate y mira y siente. No es necesario pensar, salvo que pienses en algo que te obligue a levantarte y a marchar de prisa: me olvidé de esto, tengo que hacer aquello, hasta luego, me espera el gerente, el vendedor vendrá pronto, el patrón me necesita, allá va un tranvía” (571).

De ahí que insista en disfrutar de aquellos (pocos) espacios en los cuales, pese a todos estos disciplinamientos, el individuo puede (y podrá) continuar vivenciando su libertad. “En cuanto al mar, al cielo y al viento, no podrás quitármelos ni recortarlos; podrás cobrarme por verlos, ponerme trabas para gozar de ellos, pero siempre encontraremos una manera de burlarte” (571-572).

Como sabemos, el largo y tortuoso transitar por el camino de la modernidad capitalista, que en un primer momento fue resistido, finalmente dio paso a una adopción progresiva del discurso moderno que denunciaba las insuficiencias y contradicciones que el proceso presentaba en su manifestación práctica<sup>7</sup>. Este aspecto que fue conformando la historia del mundo obrero en nuestro país y en el cual se vuelve evidente que la proletarización era un camino sin retorno, sin embargo, no forma parte del mundo de personajes retratados en la narrativa de Rojas. Aquí, nos encontramos con sujetos que, aun actuando desde la legalidad laboral, establecen alternativas de subsistencia al margen de dicho proyecto. Desde esta perspectiva —y pasando por alto la filiación anarquista de Rojas, que requiere de un tratamiento extenso— nos parece que podemos explicar la importancia otorgada a los oficios históricamente asociados con el artesanado, como zapateros, sastres, barberos, tipógrafos o pintores. Efectivamente, la preferencia por estos trabajadores calificados respondería a lo que más arriba hemos denominado “focos de tensión vis-à-vis” el modelo dominante. Esto se debe, por un lado, a que el trabajo que desempeñan se nos presenta como una labor que, lejos de ser alienante, contiene un potencial creador en su práctica; y por otro, en el hecho de que, al establecerse ellos en estas pequeñas comunidades alternativas al modelo imperante, ejercen sus ocupaciones de manera independiente, siendo así los únicos beneficiarios de su trabajo<sup>8</sup>.

Esta postura crítica respecto al proceso de proletarización se corresponde, sin duda, con la apropiación del discurso de la modernidad que pone énfasis en la emancipación y libertad del ser humano, de ahí entonces que los disciplinamientos sean percibidos como una esclavitud que frena la capacidad liberadora y reflexiva del sujeto. Lo anterior se aprecia en una conversación que sostiene Aniceto con El Filósofo, en la cual este último plantea:

---

<sup>7</sup> Para un aclarador análisis de la implantación del proceso de modernización y sus consecuencias en las prácticas laborales, ver: Julio Pinto, 2002.

<sup>8</sup> Esta situación que hemos descrito con el fin de ejemplificar la presencia permanente de “focos de tensión” en la narrativa de Rojas, la encontramos tratada en extenso en las dos últimas obras de la tetralogía: *Sombras contra el muro* y *La oscura vida radiante*. Al respecto, también es pertinente revisar los diversos artículos de prensa de su autoría y de José Santos González Vera, que fueron compilados por Carmen Soria, bajo el título *Letras anarquistas. Artículos periodísticos y otros escritos inéditos*.

“Muchas veces he sospechado que en muchos individuos de esta tierra, sobretodo en los de las capas más bajas, sobrevive en forma violenta el carácter del antepasado indígena, no del indígena libre, sino del que perdió su libertad; es decir, conservan la actitud de aquél: silenciosos, huraños, reacios al trabajo, reacios a la sumisión; no quieren entregarse, y entregarse ¿para qué? Para ser esclavos. ¿Vale la pena? Hay gente que los odia por eso, porque no se entregan, porque no les sirven. Debo decirte que yo los admiro y los admiro porque no los necesito: no necesito que trabajen para mí, que me sirvan, que me obedezcan” (593-594).

Sin duda que esta forma de comprensión del proceso de modernización, constituye una respuesta crítica frente a la instalación de un discurso que, cada vez más hegemónico, signaba a los sujetos marginados y marginales bajo las nociones de inferioridad y barbarie. Así, la construcción de un imaginario de orden social, necesario para el efectivo disciplinamiento de sus pautas de comportamiento, implicó que sus modos cotidianos de configurar redes fueran (re)significados como peligrosos para el orden público. El resultado de este proceso de conceptualización se hizo patente ya a mediados del siglo XIX: la inutilidad, es decir, la vagancia, debía ser transformada en utilidad, y por ello había que perfeccionar los mecanismos legales, institucionales y discursivos necesarios para hacerlo. No obstante, a continuación veremos cómo la experiencia de la cultura letrada se constituyó como una de las posibles salidas y mecanismos de resistencia conscientes, frente a este proceso de proletarización y a los discursos disciplinarios impuestos por la élite.

### **III. La experiencia letrada en la narrativa de Manuel Rojas**

Ciertamente, la imagen más importante de la modernidad a finales del siglo XIX es la de la ciudad. Su configuración como el espacio donde lo público se manifiesta por excelencia, la convirtió en el escenario de la complejidad y el carácter multifacético que fue adoptando la vida cotidiana, tanto individual como colectiva. En este espacio comenzaron a coexistir las clases dirigentes y los sectores populares, lo que no pasó desapercibido para ninguno de los dos grupos: mientras unos (la sociedad tradicional) veían con horror la llegada creciente de los “bárbaros” a la urbe, los otros (la sociedad anómica) la ocupaban con la secreta esperanza de la superación. No obstante, la miseria y precariedad que los acompañaron se hicieron evidentes en la falta de servicios públicos, en las deficientes condiciones de higiene y salubridad y en el hacinamiento de la vivienda popular. (Romero, 1976)

Más allá de presentar un cuadro urbano, lo que nos interesa destacar aquí es que las transformaciones que tuvieron lugar en el espacio de la ciudad desde principios del siglo XX permitieron que el escenario marginal pudiera ingresar a la literatura como un “espacio cultural” dotado de cualidades estéticas e ideológicas propias, como plantea Beatriz Sarlo para el Buenos Aires de los años veinte y treinta:

“El escenario literario de las orillas ya no es el lugar literario de los Otros, considerados como pura ajenidad, como amenaza al orden social, la moral establecida, la pureza de sangre, las costumbres tradicionales; tampoco se trata solamente de los Otros a los que hay que comprender o redimir. Son Otros que

pueden configurar un nosotros con el yo literario de poetas e intelectuales; son Otros próximos, cuando no uno mismo” (180).

De esta forma, la complejización del espacio urbano, que posibilita que los temas se amplíen y diversifiquen en la literatura, junto a la expansión del campo cultural puesta de manifiesto por los modernos medios de comunicación, afectó profundamente al mundo, la vida y la producción intelectual. Sin duda, la obra de Rojas representa la emergencia de esta nueva intelectualidad, surgida ya no desde la élite oligárquica, sino desde aquellos sujetos que habían sido formados al calor del proyecto educacional estatal, o que, como en el caso de nuestro autor, eran autodidactas<sup>9</sup>. Aunque ellos no participan de las estructuras de poder, denuncian en sus libros los abusos que éste genera (por ejemplo, los abusos policiales y económicos), asumiendo una clara función crítica. No cabe duda de que la letra tiene una doble cara: por un lado, se nos presenta como cómplice de los dispositivos de disciplinamiento<sup>10</sup>, pero por otro (y es justamente esta perspectiva la que nos interesa destacar), es un instrumento de emancipación, que entrega humanidad y dignidad a estos sujetos, más allá de las ocupaciones que ellos ejerzan. Desde esta perspectiva, podemos comprender, entonces, la importancia que tiene la lectura en la narrativa de Rojas, al percibírsela como dadora de las herramientas que permiten “tensionar” el modelo dominante, mediante las cuales el sujeto podría desplegar todo su potencial emancipador y subvertir la condición que lo aqueja. Por ello, los personajes lectores de Rojas son diferentes a sus pares, no por nacimiento o por algún privilegio de familia, sino por la distinción que proviene de la creencia en el poder transformador de la letra. Asimismo, es la lectura la que permite a los sujetos elaborar una crítica y resistencia consciente al proceso de proletarización, con el fin de justificar la opción por mantenerse al margen de éste. En este sentido, El Filósofo señala:

“Tú tuviste suerte [refiriéndose a Aniceto] y yo también la tuve: mi padre era anarquista y también leía, ¡y qué libros! (...) Lo acompañaba a las reuniones y le oía con más atención que nadie, aunque sin entenderle gran cosa. Con el tiempo llegué a leer aquellos libros, libros de ciencia todos, y otros que encontré por aquí y por allá. Total: me aficioné a leer y me atreví a pensar por mi cuenta. Hice lo que no había logrado hacer mi padre: el serrucho, manejado durante ocho o más horas diarias, y el martillo otras tantas, no son herramientas que le permitan a uno dedicarse a pensar en cosas abstractas” (*Hijo de Ladrón* 588).

En este pasaje se puede apreciar que la rutinización y forma producción de la jornada laboral impuesta no permiten dedicar el tiempo necesario a la actividad lectora y el desarrollo del intelecto. Por eso El Filósofo ha optado por recoger metales en la caleta El Membrillo durante la mañana y filosofar durante el resto del día. En este sentido, El

---

<sup>9</sup> Ángel Rama (1984) destaca que este modelo de autoformación se difundirá en mayor medida entre los escritores, pues cada vez más, gobiernos e instituciones comenzarán a imponer límites a su ejercicio profesional y regímenes estrictos en su habilitación para ejercer la profesión de escritor. De ahí que muchos de ellos opten por ser autodidactas en el aprendizaje de técnicas de escritura (163).

<sup>10</sup> En este caso nos referimos, por ejemplo, al uso de los archivos judiciales y de la prensa, como aquellos soportes que nos permiten conocer la mirada y la construcción que la élite hace de los sujetos marginales. Al respecto ver Alejandra Araya, 1999b.

Filósofo y Aniceto se diferencian de Cristián, quien al no saber leer ni escribir, es incapaz de acceder a ese mundo que habla de la transformación del ser humano.

Resulta interesante constatar cómo a principios del siglo XX, la cultura letrada se acercó a los sujetos populares, marginados o integrados, desde la fórmula del folletín. Publicado en el periódico o mediante entregas semanales, el folletín permite percibir la integración de la vida popular en el universo cultural<sup>11</sup>, precisamente, porque su comercialización se encuentra fuera del circuito de la librería (su venta se realiza en la calle o llegan directamente a la casa) así como su carácter fragmentario y su organización nos permiten dar cuenta de los hábitos y las capacidades de lectura de sus consumidores.

Aniceto vive la experiencia de acceso a la cultura letrada tempranamente, en su infancia, pues la señora que le arrendaba casa a su familia leía y coleccionaba estas publicaciones: “En poco tiempo conocí un mundo desconocido hasta entonces. Entre los folletines aparecieron novelas de todas las nacionalidades (...) ciudades, ríos, lagos, pasiones, costumbres, épocas, todo se me hizo familiar” (587). Con esta primera experiencia nace su amor por la lectura, entendida como un espacio que permite abrir el espectro mental, que posibilita, mediante sus páginas, el conocimiento de otras realidades y de otros contextos sociales y que, en definitiva, termina por revolucionar las expectativas de lo deseable y lo exigible.

A modo de síntesis, creemos que esta profunda convicción del poder transformador de la letra se manifiesta en dos aspectos que atraviesan la narrativa de Manuel Rojas. Por un lado, el acceso a la cultura letrada es comprendida como una vía de acceso al autodesarrollo, pues, como dijimos, permite enriquecer el mundo interior de los sujetos y ampliar el estrecho horizonte de la supervivencia material al que ellos están condenados por vivir en la pobreza. Por otro, la experiencia de la cultura letrada se configura como una de las posibles salidas del espacio y del mundo marginal. Esta salida puede ser material, en términos de ascender socialmente y adquirir mayores beneficios (salida que se constituyó como el gran discurso levantado por la clase media, precisamente porque la educación era vista como el paso que permitía asegurar mejores condiciones de vida) o, en su defecto, moral en cuanto permite la constitución del ser humano como un sujeto crítico, pensante y potencialmente transformador de su realidad social-. Podríamos decir que la amistad entre Aniceto y El Filósofo da cuenta, precisamente, de esta creencia en la capacidad liberadora de la lecto-escritura: la afinidad entre ambos se sustenta en experiencias comunes de reflexión, en las cuales intercambian opiniones de libros, folletos, periódicos o escritores. De ahí que podamos afirmar que es, precisamente, en este espacio de reflexión letrada donde Aniceto y El Filósofo se sienten más a gusto, pues es donde perciben que las promesas emancipadoras de la modernidad, centradas en la libertad y dignidad del ser humano, adquieren sentido en la medida que es posible cuestionar y transformar las diversas normativas impuestas por la élite en el transcurso del proceso modernizador.

---

<sup>11</sup> En este sentido, según Jesús Martín-Barbero, la continuidad cultural entre esta literatura y la vida de los sectores populares puede advertirse en cuatro niveles: el primero, la organización material del texto (letra grande, clara y espaciada); el segundo, el sistema de dispositivos de fragmentación de la lectura (el relato en episodios); el tercero, los dispositivos de seducción (duración y suspenso); y finalmente un cuarto nivel en el que se sitúan los dispositivos de reconocimiento (identificación del lector con los personajes) (Martín-Barbero 139-149).

### Consideraciones finales

Como hemos podido apreciar a lo largo de estas líneas, el proyecto modernizador, implementado desde el siglo XIX por la élite chilena, impactó profundamente las costumbres, experiencias y modos de vida que tradicionalmente habían dado sentido al mundo marginal. Este proyecto, que tenía como centro a la “ciudad ilustrada”, fue construyendo prácticas y discursos cuyo objetivo era el disciplinamiento de los distintos ámbitos de la vida de estos sujetos. Es así cómo bandidos, delincuentes y vagabundos, ya desde mediados del siglo XIX, comienzan a ser vistos --debido a su marginalidad y alejamiento de las pautas de comportamiento que la élite establece- como preceptos de ‘lo correcto’ y ‘lo normal’-, como sujetos/objetos posibles de “civilizar” a partir de la implantación de discursos y normativas impuestas a sus espacios y prácticas cotidianas.

Es pues desde esta instalación de la norma, como se fueron pensando y estudiando las conductas de los sujetos que no se atenían al discurso disciplinatorio imperante. En este sentido, hemos considerado necesario romper con la visión historiográfica que considera como símbolos de rebeldía o resistencia toda práctica que no se ajusta a este modelo, para dar paso a una relectura de estas conductas a partir de la idea de “focos de tensión” con el modelo imperante, es decir, como prácticas sociales que dan cuenta de una cotidianeidad en la que las normativas fueron transgredidas, consciente o inconscientemente, como parte del proceso de otorgar sentido a los nuevos referentes que la modernidad estaba instalando.

En este sentido, nos parece que, en el ejercicio de cuestionar los sistemas valóricos imperantes (construidos por, desde y para la élite) radicaría la importancia (histórica) de la narrativa de Manuel Rojas, en la medida en que nos permite reinterpretar a estos sujetos marginales desde una visión que pone énfasis en el sustrato de humanidad, dignidad y sentido fraterno que podemos encontrar en ellos.

### BIBLIOGRAFÍA

Araya, Alejandra. *Ociosos, vagabundos y malentrenidos en Chile Colonial*. Santiago: DIBAM, Colección Sociedad y Cultura, 1999a.

Araya, Alejandra. “Petronila Zuñiga contra Julián Santos por estupro, rapto y extracción de Antonia Valenzuela, su hija: Partido de Colchagua, doctrina de Chimbarongo, 1720-1721. El uso de los textos judiciales en el problema de la identidad como problema de sujetos históricos”. *Anuario de Postgrado*. 3 (1999b): 219-241.

Concha, Jaime. “Robar, trabajar, jugar en el primer Manuel Rojas”. *Anales de la Literatura Chilena*. 5 (2004): 89-97.

Foucault, Michel. *Microfísica del poder*. Madrid: De la Piqueta, 1979.

Larraín, Jorge. *Modernidad, razón e identidad en América Latina*. Santiago: Andrés Bello, 2001.



- Lomnitz, Larissa Adler de. *Cómo sobreviven los marginados*. México D.F.: Siglo XXI, 1998.
- Martín-Barbero, Jesús. *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*. México: Gustavo Gili, 1991.
- Pinto, Julio. “De proyectos y desarraigos: la sociedad latinoamericana frente a la experiencia de la modernidad (1780-1914)”. *Contribuciones científicas y tecnológicas. Área Ciencias Sociales*. 130 (2002): 95-113.
- Rama, Ángel. *La ciudad letrada*. Hanover: Ediciones del Norte, 1984.
- Rojas, Manuel. *Obras escogidas de Manuel Rojas. Tomos I y II*. Santiago: ZIG- ZAG, 1974.
- Rojas, Manuel. *El delincuente, el vaso de leche y otros cuentos*. Santiago: ZIG ZAG, 1961.
- Rojas, Manuel y González Vera, José. *Letras anarquistas. Artículos periodísticos y otros escritos inéditos*. Santiago: Planeta, 2005.
- Romero, José Luis. *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1976.
- Romero, Luis Alberto. “Los sectores populares urbanos como sujetos históricos”. *Proposiciones*. 19 (1990): 268-279.
- Romero, Luis Alberto. *Qué hacer con los pobres: élites y sectores populares en Santiago de Chile, 1840-1895*. Santiago: Ariadna Ediciones, 2007.
- Sarlo, Beatriz. *Una modernidad periférica, Buenos Aires 1920-1930*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1988.
- Scott, James. *Los dominados y el arte de la resistencia*. México D.F: Ediciones Era, 2000.
- Valenzuela, Jaime. *Bandidaje rural en Chile Central. Curicó, 1850-1900*. Santiago: DIBAM, Colección Sociedad y Cultura, 1991.
- Vicuña Mackenna, Benjamín. *Un año en la Intendencia de Santiago: lo que es la capital i lo que debería ser*. Santiago: Imprenta de la Librería de El Mercurio, 1873.